

EDICIÓN IMPRESA

EL DIARIO VASCO

POLÍTICA

El legado de los polimilis

Aldaketa, la Fundación Buesa y ex parlamentarios de EE analizan el proceso que terminó con ETA p-m

AMAIA CHICO/

SAN SEBASTIÁN. DV. Luces y sombras. Paralelismos y diferencias. Optimismo y desconfianza. Arrepentimiento o derrota. Fueron algunos de los términos que fueron jalonando ayer las jornadas dedicadas a analizar, desde un octubre de 2006 plagado de acontecimientos claves para el proceso de paz y normalización en el País Vasco, cómo discurrió la disolución de ETA político-militar hace casi 30 años.



Arregi, Aulestia y Loza, durante las jornadas sobre el fin de ETA p-m ayer en Donostia. [J. ECHEZARRETA / EFE]

Desde la premisa de que «ya hubo un momento en que una parte de ETA abjuró de la violencia», pero siendo conscientes de que ni el contexto, ni la realidad de la organización terrorista son iguales que entonces, antiguos miembros de Euskadiko Ezkerra, reunidos por la Fundación Fernando Buesa y la plataforma Aldaketa, desgranaron las claves de aquel proceso e intentaron arrojar luz sobre el actual. «Fue un proceso puro de paz por presos, sin ningún precio político», introdujeron Joseba Arregi y Jesús Loza, quien recordó que la sombra más alargada que cubrió la disolución de los polimilis fue «el precio que pagaron las víctimas, desde una actitud generosa, sin revanchismos, que no recibió reconocimiento».

La situación, tanto de la democracia, como de los agentes políticos y de la presencia de las víctimas, es totalmente diferente tres décadas después. Pero lo que no cambia, según argumentó el ex parlamentario de EE Kepa Aulestia es la «percepción equivocada» que existe sobre ETA. «Pensamos que tiene una estrategia y unos objetivos claros y oportunistas, pero no. Se mueve por inercia con la única intención de perpetuarse». Según Aulestia, «ETA nunca se ha planteado ni como hipótesis la liquidación de la lucha armada ni su autoliquidación, no quiere bajar su persiana, sino que intenta transferir la responsabilidad de bajarla a la sociedad y a las instituciones». Ante esta situación «que igual no tiene solución», para Aulestia la única salida sería a través de un «diálogo desde la ingenuidad, la paciencia y una enorme cautela». Porque, recuerda, «nadie abandona la lucha armada porque haya descubierto la Constitución o por el reconocimiento a la víctima -eso sería lo último-, sino porque se descubre en un agujero».

Una visión poco optimista manifestó también la periodista Ángeles Escrivá, quien tras hacer un repaso histórico a la evolución de un proceso que desembocó en septiembre de 1982, abrió el debate sobre la falta de «arrepentimiento» de los 'escindidos' de ETA. «Nunca se habló de eso por no hacer una delación a los compañeros, pero era obvio

que existía», apuntó un actual concejal socialista. «Pero los 'milis' de ahora no son arrepentidos, sino derrotados».

Perversión

Para Xabier Markiegi, ex parlamentario de EE y actual director del Instituto Cervantes de Rabat, en Marruecos, «si no hay solución a los problemas, hay que convenirlos», por lo que animó a dejar «nuestras 'creencias'» en un segundo plano «sin renunciar a nuestros valores y principios» y «trabajar haciendo política real» para lograr el final del terrorismo, ante el que se manifestó «optimista».

Markiegi aseguró que «nuestro mayor reto» ahora es «que ETA no pueda condicionar nada» y «dejar claro que sus razones han quedado pervertidas», al igual que «han pervertido todo» lo que les ha rodeado: «las víctimas, sus miembros, el nacionalismo, el Gobierno, la Iglesia y la sociedad».

El ex parlamentario destacó que para el final de ETA «es necesario un pacto entre todos los demócratas, que haya garantías de que es definitivo, que no se pague ningún precio político y que la sociedad, y particularmente las víctimas, hagan lo que quieran libremente sin estar condicionadas por los terroristas». Esas condiciones, continuaron Xabier Aierdi, Teo Uriarte y Juan Infante, «con el esfuerzo de soportar al diferente, algo que no se ha hecho» y afirmando que «las víctimas se encuentran políticamente compensadas, en memoria, presencia y justicia». Así lo creen, los calificados «traidores» en el 82.